

DISCURSO DE GRADUACIÓN 2º DE BACHILLERATO

IES ARAMO – Curso 2017-2018

S. Centeno

LLENAR UN VASO NO ES LO MISMO QUE ENCENDER UN FUEGO

Estimados alumnos, padres, profesores, señoras, señores: permítanme empezar este discurso de una forma un tanto extraña, extraña al menos para nuestros oídos:

"Τρέφεται δε, [...], ψυχή τίνι; Μαθήμασιν δήπου, ἦν δ' ἐγώ". Repito. Sin duda les ha pillado desprevenidos, voy a volver a leer la frase ahora completa, porque, malintencionadamente por mi parte, me he comido una palabra, y con ella entenderán algo más, sin duda: "Τρέφεται δε, ὦ Σώκρατες, ψυχή τίνι; Μαθήμασιν δήπου, ἦν δ' ἐγώ". ¿Qué tal? No mucho mejor, ¿verdad?

Bueno, que conste que yo he accedido a dar este discurso para hacerme entender. Se dice siempre que la claridad ha de ser cortesía no sólo de los filósofos, sino también, y sobre todo, de los profesores. No obstante, al menos una palabra se habrá entendido: la palabra Sócrates. Sí, en efecto, esta es una frase que Platón hace decir a Sócrates en una de sus principales obras dedicadas a la enseñanza de la virtud. Me refiero al *Protágoras*. Y que traducida dice así: “¿De qué se alimenta el alma, Sócrates? De los conocimientos, dije yo.”. He aquí la clave de lo que quiero reivindicar: una enseñanza de contenidos. Platón dice exactamente “Μαθήμασιν” [Mazémasin], es decir, “de las ciencias”, o lo que es lo mismo, “de conocimientos objetivos”. Ahí, pues, reside la virtud, en el conocimiento de lo que hoy llamaríamos, sin separarlos: ciencias y filosofía. Esa sería, según Platón, en lo que consistiría una verdadera enseñanza y una enseñanza verdadera.

Una enseñanza, entiendo yo, que no sólo forme al alumno. No, la enseñanza, al menos la enseñanza integral, lo que hoy es o debería ser la enseñanza media, no sólo debe formar, debe también transformar. Algo que ya había contemplado Demócrito hace veintiséis siglos: “la enseñanza nos transforma –dijo– y al transformarnos produce nuestra propia naturaleza”. Pues de eso se trata.

Mis queridos alumnos, espero que este Instituto del que os vais, y que vais a recordar con añoranza nada más salir por esa puerta, os haya formado y transformado a la vez. Ese ha sido, sin duda, nuestro objetivo.

Pero hoy, como en época socrática, corren malos tiempos para esa educación integral que preconizaba Platón. La educación o es crítica, filosófica, o no puede ser llamada educación. Esa no es una frase de Platón, pero podría serlo perfectamente. Por eso todo profesor, aunque no sea de filosofía, ha de ser socrático incluso sin saberlo. Introducir la duda en los alumnos, introducir el gusto por las preguntas, por la interrogación. Encender el fuego del conocimiento que cada uno, por sí mismo, ha de alimentar constantemente,

durante el resto de su vida. Y para eso son necesarias también, cómo no, las ciencias. Sobre todo las ciencias, no las creencias tranquilizadoras, ni las retóricas persuasivas y anestésicas. También lo dijo Platón: “Αγεωμέτρητος μηδείς εἰσίτω. Literalmente: “Sin geometría nadie aquí”, es decir, sin ciencias no es posible la filosofía crítica. Reivindicar la filosofía, y con ella las humanidades, no es ir contra las ciencias. No hay, o al menos no debe haber, dos culturas enfrentadas, letras-ciencias. Eso, a mi parecer, es escindir la razón de forma peligrosa. Porque las ciencias no pueden justificarse científicamente. Es decir, las ciencias no hacen ciencia cuando hablan de sí mismas, hacen filosofía. No es correcto decir, a no ser que ya tengas la razón escindida, que la filosofía es un saber precientífico y por tanto innecesario, es más cierto decir que las ciencias, al menos genéticamente, sí son saberes prefilosóficos. Por eso justamente no pueden separarse. Porque de ser así educaremos ciudadanos expertos, sí, pero ingenuos y manipulables, inconscientes de la propia fundamentación de lo que conocen e incluso de sus propias vidas. La enseñanza, lo mismo que la propia filosofía, debe ser un arma de destrucción masiva, de destrucción masiva de mitos oscurantistas e ideologemas, más propios hoy que nunca, de las comunidades identitarias en donde los individuos quedan perdidos como pecios flotantes en sociedades líquidas.

Mis queridos alumnos, no lo olvidéis, la filosofía es la mejor arma contra todo relativismo y contra todo dogmatismo. Es la mejor defensa contra el enemigo acérrimo, que es la ignorancia y que, como Dios, es ubicua, está por doquier. Incluso en uno mismo, en el yo individual. Y precisamente por eso, el yo siempre es idiota, al menos en sentido etimológico, pues idiota viene de ἴδιον [ídion] que significa *particular*.

Pero ahora, sin dejar de hacer filosofía, claro está, permitidme, queridos alumnos, dirigir unas palabras a los otros coprotagonistas o, si se prefiere, a los primeros guionistas de esta historia que estáis viviendo. Me refiero a vuestros padres. Los profesores sabemos, quizá porque la mayoría también somos padres, que en este curso, en segundo de bachillerato, se pasa especialmente mal, es un curso difícil también para los padres. ¡Qué preocupación, eh...! ¿Qué tal hijo, qué tal por el instituto? preguntamos a menudo. ¡Bueno...! ¡Bien...! No es tranquilizadora la respuesta. Pero ninguna respuesta parece tranquilizadora. ¿Por qué? ¿Por qué? Porque los queremos... ¡Cuánto queremos a nuestros hijos, verdad! Sin embargo, a los profesores nos toca el oficio también de querer a los de los demás. *Amor y pedagogía*, decía Unamuno. Pero yo creo que, a pesar de Unamuno, eso no basta. Yo añadiría también, y sobre todo, conocimiento. Esos son los componentes principales de nuestro oficio. Y que no falte ninguno, porque entonces seguro que algo estamos haciendo mal.

Vayan entonces estas palabras en reconocimiento de los padres, del difícil oficio de ser padre, que en el fondo es un oficio parecido al nuestro: educar, enseñar y amar.

¿Y el oficio de los hijos? ¿Cuál es el oficio de los hijos? El de “*salir adelante*” podríamos decir de forma genérica. Con lo que no contamos es que ellos salen adelante, por lo general, aun a pesar de nosotros, de nuestras preocupaciones, de nuestras expectativas o incluso de nuestras exigencias. Ellos, ciertamente, tienen sus propios proyectos y tarde o temprano terminamos admitiéndolos como nuestros y por eso siempre y para siempre nos tendrán preocupados.

Ahora hablemos un poco de vosotros. Porque no cabe duda que hoy los protagonistas sois vosotros, los alumnos de segundo de bachillerato. Habéis recorrido un camino que evidentemente merece reconocimiento, y en eso estamos. Es un tópico decir que habéis acabado una etapa de vuestra vida. ¿Importante...? Sin duda. Es cierto que desde nuestra madurez (bien es verdad que no sé muy bien qué es eso) a menudo se ve la adolescencia con cierto desdén, desconsideración e incluso displicencia. Pero cometemos un error al verla así. Porque sin duda es una de las etapas más límpidas y moralmente encomiables. Y más aún vosotros, los alumnos del Aramo, que os veo especialmente francos, espontáneos y, sobre todo, nobles. Al menos siempre lo habéis sido conmigo.

A veces me pregunto qué os habremos enseñado. El trabajo del profesor tiene un inconveniente, a saber: que lo que construimos no es tangible, no es fácilmente observable. Un albañil ve el trabajo que realiza en el producto final: la casa. Pero ¿y el profesor? ¿Qué queda de lo que enseñamos? Es difícil verlo. Decía André Malraux que *la cultura es lo que queda después de haberlo olvidado todo*. Hombre... ¿No sé si todo, todo? Al menos quedará el moldeamiento de haber contenido algo. En cualquier caso decía eso porque tenía una concepción de la educación que es muy común aún en nuestros días, aunque en realidad viene siendo criticada desde la antigüedad. Yo ya la he encontrado en los *Moralia* de Plutarco, un filósofo del siglo I que ya nadie lee, por supuesto, pero que, sin embargo, dice algo que a mí me parece sigue siendo de interés: que *educar a los hombres no es como llenar un vaso, es como encender un fuego* [...]¹. Esta es, pues, según entiendo yo, una de las claves que tiene este difícil oficio de educar. ¿Lo habremos logrado...? ¿Habrà prendido ese fuego en

¹.- PLUTARCO.- “Sobre cómo se debe escuchar”. En: *Obras morales y de costumbres. Moralia I*, Madrid, Gredos, 1992, p. 193.

vosotros...? No lo sé, eso sólo se puede saber a posteriori y quizá a largo plazo. Pero mis compañeros estarán de acuerdo conmigo en que nuestra intención es que salgáis de aquí no sólo con el vaso más o menos lleno, sino con la curiosidad y el deseo de seguir queriendo saber. Llenar el vaso es relativamente fácil, en eso consiste el adoctrinamiento, pero educar la voluntad... ¿Cómo educar la voluntad de querer...? ¡La voluntad de querer saber sobre todo! Eso, tenedlo por seguro, eso es francamente difícil. Yo no estoy seguro de haberlo logrado más que unas pocas veces quizá. Nunca lo suficiente seguramente. Pero en el fondo es a lo que nos dedicamos en filosofía. Mis alumnos lo recordarán: la *filo-sofía* no es más que un *querer-saber*. Pues que este querer saber, es decir la *filo-sofía*, no os falte nunca, que nunca dejéis de ser filósofos, porque ese día se os habrá apagado el fuego que aquí os hemos encendido.

Pero tampoco olvidéis que el querer-saber no debe quedarse en el propio saber teórico. Pues aunque no hay nada más práctico que una buena teoría, el saber ha de ser un saber hacer y un querer hacer más y mejor que otros. Que no os falte tampoco la voluntad de hacer. Parafraseando a viejo Cervantes se podría recordar aquí aquello de que un hombre no es más que otro si no hace más que otro.

Por todo eso en nombre de mis compañeros sólo me queda por deciros una cosa importante: que os apreciamos y que os deseamos un futuro exitoso tanto en el terreno personal como académico, en definitiva, que os deseamos lo mejor.

Muchas gracias.

Centeno.